

Una mirada a la juventud

Ángel Boza

Universidad de Huelva

¿Qué es la juventud? ¿En qué consiste ser joven? Este trabajo pretende realizar un acercamiento a la realidad de la juventud andaluza y española desde una perspectiva social y educativa. Para ello hemos definido una serie de tópicos que creemos que definen a la juventud y los hemos ido analizando. Mitificación, hedonismo, ocio, cambio social, contestación, participación, valores, subculturas, transición, educación, trabajo, subordinación-emancipación, identidad, botellón y diversidad son los tópicos sobre los que se reflexiona referidos a la juventud.

What is youth? What it consists to be young? This work tries to make an approach to the reality of youth Andalusian and Spanish from a social and educative perspective. For it we have defined topics, that they define to youth and we have analyzed them. Myth, hedonismo, leisure, social change, answer, participation, values, subcultures, transition, education, work, subordination-emancipation, identity, alcohol-drugs and diversity are the topics on which we have reflected.

¿Qué es la juventud? ¿En qué consiste ser joven? ¿Cómo nos vemos los jóvenes? ¿Cómo nos ven los adultos? Realmente existe una preocupación cierta de los adultos por la juventud, fruto de la incertidumbre del futuro. Los adultos, actuales responsables de la sociedad y, dentro de ésta, de los jóvenes, miran el futuro con el miedo de ceder la capacidad de decidir, por un lado, y con la duda sobre las capacidades de éstos para llevar el barco social a buen puerto. A veces esta preocupación se traduce en opiniones reflexivas, algunas de las cuales aprovecharemos para citar, pero otras veces, sobre todo a nivel de calle, son afirmaciones bastante gratuitas, intuitivas y poco argumentadas, ya positivas, ya negativas. Se oyen frases como «estamos ante la generación más preparada de la historia de este país», «los jóvenes vienen pisando fuerte», «los jóvenes no tienen valores» o «la juventud no sabe lo que quiere».

La juventud también es objeto de estudio y reflexión. Es un área de estudio importante en las ciencias sociales. Grupos de jóvenes, subculturas juveniles, delincuencia juvenil, los jóvenes y la familia, los estudios, el alcohol, las drogas, el ocio, el deporte o la religión son temas recurrentes en estudios, a base de encuestas sobre todo, realizados desde diversas instituciones y organismos.

La preocupación política también es patente en su reflejos administrativos. No existe nivel administrativo que se precie que no disponga de una secretaría de juventud, área de juventud o instituto de la juventud.

La juventud también es objeto de información y comercio. Una simple ojeada a ese gran bazar de la globalización que es Internet nos puede impresionar con los siguientes datos. El buscador Google nos da 1.360.000 hallazgos (*webs*) ante el término «juventud» y 1.640.000 ante «jóvenes». Si hacemos la búsqueda con la expresión «young people» alcanzamos 12.400.000 registros y con «youth»

28.700.000. Incluso si restringimos la búsqueda a documentos (archivos *.pdf) encontramos 87.600, 289.000, 3.090.000 y 3.130.000 registros respectivamente de los términos citados. Por supuesto que no es nuestra intención explorar todos y cada uno de esos hallazgos, pero sirvan de referencia del valor de la juventud en el medio de comunicación por excelencia del siglo XXI.

¿Se los puede caracterizar de manera general? ¿Podemos hablar de la juventud? No hay que olvidar que, como señala Elzo (2002), la juventud como categoría sociológica uniforme no existe. No hay juventud, hay jóvenes. No obstante, cuando hablamos de juventud y de jóvenes, todos sabemos de qué estamos hablando, al menos en un discurso no formal. Si acudimos al diccionario de la RAE, veremos que define la juventud como edad que empieza en la pubertad y se extiende a los comienzos de la edad adulta. Tampoco nos lo aclara del todo: ni niños ni adultos. ¿Pero es esto cierto? Los estudios de la Unión Europea consideran juventud al período de la vida que se extiende entre los 15 y los 25 años de edad (LBCE, 2001).

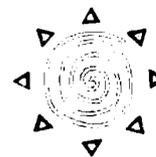
También podemos citar algunas cifras extraídas de la citada documentación. La Europa ampliada contará con 75 millones de jóvenes de entre 15 y 25 años de edad. Por Europa ampliada se entienden los países de la Unión Europea y los 12 países candidatos a la adhesión. Según el CES (2002: 1), el 24% de la población española tiene entre 15 y 29 años. El 39% es menor de 30 años. También se destaca que España es el país con más jóvenes de la UE. Un 10'5% de los jóvenes europeos entre 20 y 34 años vive en España. También es verdad que el futuro no parece ir por ahí. Según se afirma en el Eurostat (1999), entre 2000 y 2020 las personas entre 15 y 24 años sólo representarán el 11% de la población europea (previsiones siempre con permiso de la inmigración). De ellos se afirma que:

«Con independencia de sus diferencias (en términos de acceso al mercado de trabajo, de educación, de vida familiar, de ingresos, etc.), los jóvenes reivindican su estatuto de ciudadanos, del que se derivan sus derechos y sus obligaciones. Invertir en la juventud significa invertir en lo que constituye la riqueza de nuestras sociedades, en la actualidad y en el futuro». (LBCE, 2001: 3).

En un discurso social, podríamos afirmar que la juventud es un fenómeno específico de nuestra sociedad occidental moderna. Aunque en todas las culturas existen protocolos de diferenciación entre niños y adultos, la mayoría con procesos de tránsito más o menos puntuales a través de ritos de iniciación, la juventud como período de prolongación de la adolescencia y retroceso de la madurez es un fenómeno ligado a las culturas occidentales desarrolladas. Más en los últimos tiempos, en los que determinadas circunstancias socio-económico-culturales hacen perdurar esa etapa quizá más de lo deseable. En ese sentido, se trata de un período contradictorio en el que convive la madurez física más vital e impetuosa y una dependencia material y afectiva casi absoluta.

La antropología ha visto siempre la juventud como una de las posibles formas culturalmente determinadas de transición entre la niñez y la vida adulta. Así, frente a modelos donde esta transición se caracteriza por ser inmediata, tal como ocurre en las sociedades primitivas, en nuestra sociedad se alarga y se posterga como un rito de iniciación prolongado que incluye la inserción social, la educación formal y profesional, el desarrollo afectivo y de pareja, la inserción laboral y correspondiente independencia económica, y finalmente, la emancipación familiar por vía de vida independiente o constitución de una nueva familia. La juventud sería, pues, algo exclusivo de las sociedades urbano-industriales, un producto de la sociedad en que vivimos, o, en suma, un producto histórico social (Revilla, 2001).

En definitiva, nuestro propósito en este texto es formularnos una serie de preguntas, que tampoco queremos contestar, sino tan sólo servirnos de motivo o norte de referencia: ¿Qué entendemos por juventud? ¿En qué consiste ser joven? ¿Cómo nos se ven los jóvenes? ¿Cómo los ven los adultos? ¿Se los puede caracterizar de manera general? ¿Son sujetos...u objetos... de la realidad? ¿Son agentes... o productos... de la sociedad? (Ello suponiendo que podamos incluirnos en la definición o desde una postura de solidaridad afectiva). Para ello intentaremos



una caracterización de los jóvenes con base en sustantivos descriptivos, partiendo del estudio de Revilla (2001) y matizado por nuestras opiniones y las de otros. Finalmente, lo que podamos decir de los jóvenes y de la juventud... ¿Todo es positivo? ¿Todo es negativo? Habrá que ponerlo en una balanza y sobrepasarlo.

1. Mitificación

Ser joven está de moda. Pero no sólo porque se hayan dedicado a la juventud desde años internacionales a continuas exposiciones o por la abundancia de boutiques y todo tipo de comercios dedicados a la gente joven, que muestran a las claras que «lo juvenil» es uno de los mayores valores sociales en nuestra cultura. Desde los muebles a la ropa, desde las ideologías a los políticos, todo se presenta como joven o, al menos, con aire juvenil, fruto de la cosmética publicitaria, en la que casi no tienen cabida significados e imágenes no juveniles.

Siguiendo el discurso sobre la juventud de Revilla (2001: 106), ser joven no está de moda solo entre la juventud. Todos queremos ser jóvenes, parecer jóvenes, sentirnos jóvenes, o, al menos, tener un espíritu joven. Quizá nunca como ahora se había sido tan consciente de los valores que la juventud posee. Lo joven se convierte en criterio de éxito, en moda susceptible de ser generalizada por el resto de la sociedad. Lo joven se convierte en un estado de espíritu, una mentalidad.

De este modo se ha producido lo que podríamos calificar de «adolescencización de la sociedad», tal como la denomina Elzo (2002: 5). La adolescencia, a diferencia de la juventud, se caracteriza por la experimentación gratuita, la responsabilidad diferida, y el *zapping* emocional y cognitivo. Los adultos quisieran vivir como adolescentes, sin parecerlo. Los «adultescentes» de Verdú (2001) o los «tardo jóvenes» (Elzo, 1999). Esta mitificación de la juventud se manifiesta en nuestra sociedad a través de una exaltación de todo lo joven. Es un culto al efebo, a la plenitud vital que los jóvenes experimentan y que los adultos y los mayores añoran. Se produce una juvenilización de la sociedad, una apropiación de los adultos de los símbolos y los modos de los jóvenes.

En el fondo, desde una perspectiva interpretativa, es una forma de añoranza de esa juventud perdida, más que un estilo o una mentalidad. Pero varias cuestiones merecen la pena ser tenidas en cuenta. Primera, si reivindicamos la juventud como estilo: ¿de qué segmento juvenil proceden los elementos de estilo adoptados por los adultos? Segunda, si los adultos miran hacia los jóvenes como modelos de progreso e innovación para no quedarse atrás, ¿en qué lugar se coloca a la juventud? ¿como un agente importante de cambio social? Si esto es así, por un lado, tenemos un referente falso. No todos los jóvenes son JASP (jóvenes aunque sobradamente preparados), guapos y ricos. Por otro lado, les creamos importantes expectativas que se contradicen con la posición social subordinada que ocupan.

2. Hedonismo y narcisismo

La juventud es hedonista, la juventud sólo busca el placer, o los jóvenes van «a su bola, a su rollo», tal como se afirma en términos coloquiales, serían expresiones que describen a la juventud desde el prisma del hedonismo. El placer se convierte en el valor por excelencia y se establece como criterio moral. Por ejemplo, mi hija (16 años), cuando yo le insisto sobre la necesidad de estudiar a diario, manifiesta una opción claramente hedonista: «yo no me voy matar estudiando».

El hedonismo se manifiesta en otras características menores como la espontaneidad e irracionalidad. La juventud es espontánea e irracional. Los jóvenes no piensan demasiado lo que van hacer. Simplemente se les ocurre y lo hacen. Recuerdo la anécdota de estudiante de simplemente proponer alguien «vamos a tomar café a

Madrid», contestar todos «vale», y encajarnos en Madrid después de 600 km (de los de antes con los coches de antes) sólo a tomar café. De nada valen argumentos lógicos en torno a la distancia o el peligro de la carretera. Esa espontaneidad e irracionalidad está relacionada con el relativismo confuso expresado en el «todo vale», en el presentismo (el horizonte temporal alcanza sólo a la semana, fundamentalmente de fin semana a fin de semana), en la necesidad de vivir el presente a tope, sin diferir el gozo de lo deseado en cada momento (Elzo, 2002). Se nos apetece ahora mismo irnos a Madrid, o simplemente a uno se le ha ocurrido, pues nos vamos. Mañana, o una vez que estemos allí, ya veremos.

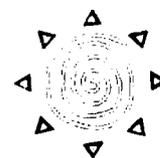
Otra característica relacionada con el hedonismo es el materialismo. Los jóvenes son materialistas. Su realización personal pasa por tener y consumir activamente los productos que el mercado juvenil se ha encargado previamente de difundir con los mecanismos propios de la publicidad (Correa, 1994; Correa, Guzmán y Otros, 2000). De este modo, los jóvenes compran ropa *Rotweiler, DJsBand, Rip Curl o Tommy*; tienen, o quieren, un coche modelo *Golf o Focus*, negro, con las lunas oscuras, y, por supuesto, debidamente transformado-sintonizado (*tuning*); y compran, piratean o consumen música, videojuegos, o bebidas determinadas. De esa forma su tan reivindicada libertad (se dicen libres, individualistas y autónomos) entra en una fuerte contradicción con la atadura comercial y económica que supone el consumo, en general, y de marcas, en particular.

El hedonismo también se expresa también en la falta de compromiso. La juventud es conformista y descomprometida, se desentiende de la política y de su papel transformador de la sociedad. Sobre ello volveremos más adelante.

Tanto el alejamiento de lo público, como el reconocimiento social del tesoro que es la juventud presentan un grave peligro: el narcisismo. La juventud es narcisista. Cuenta Ovidio que Narciso era un joven de gran belleza, insensible al amor. Las jóvenes que él despreciaba exigieron venganza a Némesis, quien hizo que, en un día muy caluroso, Narciso acudiera a beber en una fuente. Al ver su figura reflejada en las aguas, al ser tan grande su belleza, Narciso se enamoró de ella, y se dejó morir inclinado sobre su imagen. Nuestros jóvenes se han hecho tan conscientes de su valor que empiezan a languidecer víctimas de sí mismos. El narcisismo se manifiesta en un inusitado interés por el autoexamen, una preocupación por la realización personal y por el yo. En palabras figuradas, «Primero yo, después yo y, en medio, yo».

Un ejemplo actual de narcisismo son los denominados recientemente por la prensa «metrosexuales». Una definición recogida de la propia prensa indica que son hombres heterosexuales que conocen y prestan atención a la moda, la comida y a los productos de cuidado personal, y no les importa que ello se sepa. Son «metro» porque en general se concentran alrededor de las grandes ciudades y «sexuales» porque viven armoniosamente y sin complejos con su lado femenino, sin ser afeminados de ninguna manera. Se cita como ejemplo de metrosexual a David Beckham (<http://iblnews.com/noticias/12/9-4686.html>; 15-01-04). Quizá reconozcamos en ese modelo determinados estereotipos comerciales, urbanos y famosos que la tv-basura se está encargando de difundir. También, desgraciadamente, a determinados personajes de la política y la cultura. Evidentemente aparecen como hedonistas y narcisistas, aunque a veces se utilizan otros términos como, por ejemplo, *glamour*.

En el fondo, desde un punto de vista interpretativo (Revilla, 2001), hay una comparación implícita o explícita con otra generación juvenil, la que protagonizó las revueltas de los años sesenta, que se ha mitificado como ejemplo de generación rebelde empeñada en la transformación de la sociedad. Pero también ahora hay respuestas de los jóvenes. Podemos citar las manifestaciones por la paz y en contra de la guerra de Irak y las oleadas de voluntarios para luchar contra la marea negra del Prestige en Galicia (2002). También subsiste una preocupación por que la juventud no cumpla el papel que está llamada a desempeñar en su etapa adulta (compromiso social y político) y temor a los excesos hedonistas (sexo, drogas).



3. Ocio

¿Qué es el ocio? Ocio es todo el segmento de tiempo dedicado a actividades no laborales. Es un producto de la separación temporal de trabajo y tiempo libre en las sociedades post-industriales. En ese sentido, el ocio se convierte en tiempo complementario del trabajo, en valor deseado de autosatisfacción o gratificación (Martínez Casinello, 2000). Hay un tiempo normativo, el de los días laborables o de estudio y un tiempo de fiesta, el del fin de semana (a veces comienza el jueves). Un tiempo en el que también hay normas, aunque no son las de los adultos, sino las de los iguales, las que marca el grupo o la pandilla.

Está claro que el ocio es importante para nuestros jóvenes. El ocio sería, por tanto, otra de las características definitorias de la juventud. Los jóvenes valoran el tiempo libre como un aspecto fundamental en sus vidas (87%), por encima del trabajo (65%) o los estudios (60%) (Martínez Casinello, 2000). Pero, ¿a qué dedican los jóvenes su tiempo de ocio?

	Le gusta	Lo practica
Salir o reunirse con amigos.....	98.7 %	97.2 %
Ver la televisión.....	97.3 %	95.2 %
Viajar (siempre que se pueda).....	95.3 %	80 %
Ver películas.....	94.1 %	86.2 %
Oír la radio.....	92.5 %	89.8 %
Ir a escuchar música en directo.....	91.9 %	77.3 %
Ver programas de televisión.....	90.9 %	88.3 %
Hacer deporte.....	85.0 %	70.1 %
Ver programas de televisión.....	81.3 %	77.2 %
Leer libros.....	70.7 %	67 %
Ver programas de televisión.....	65.4 %	49 %
Hacer cosas con el ordenador.....	64.1 %	47.6 %
Ver programas de televisión.....	59.3 %	35.6 %
Colaborar en una ONG.....	57.2 %	9.3 %
Asistir a conferencias, coloquios.....	35.7 %	25 %
Colaborar en asociación religiosa...	19.1 %	8.3 %

Tabla 1. Actividades de ocio de los jóvenes (Elzo, 1999).

Como podemos comprobar, a los jóvenes les gusta y practican sobre todo salir o reunirse con amigos (97,2 %). Estar juntos aparece como el valor más importante. Le siguen actividades básicamente de consumo: música, viajes, cine, tv, cafeterías-bares, deporte... Puede afirmarse, por tanto, que el ocio es sobre todo consumo, consumo en común o en grupo, pero consumo. Un producto más de consumo; incluso, en las sociedades más avanzadas, es «el» consumo por excelencia.

Como comentarios, podemos afirmar en primer lugar que los jóvenes españoles hacen en el tiempo libre lo que previamente han dicho que les gustaría hacer. En segundo lugar que la mayor diferencia entre lo que hacen y lo que les gustaría hacer la encontramos en el ítem de «colaborar en una ONG»: el 57,2 % dicen que les gustaría participar y solamente el 9,3% que así lo hacen.

«¿Dónde quedamos?» Ante esta pregunta, difícilmente podemos responder con algo que no sea un lugar de consumo. ¿Dónde se encuentra la gente en general, y los jóvenes en particular, los fines de semana? En los multicentros (hipermercado, tiendas, bares, cines...). Toda una oferta de ocio-consumo indiferenciado. A fuerza de asociación, no hay otro concepto de ocio. O sí lo hay, pero está ligado a otro tipo de consumo más elitista-cultural. Piense el lector en los precios de un fin de semana de senderismo o aventura natural en la sierra x, dos entradas para un concierto o una obra de teatro, una novela o un libro de poesía actuales, como alternativas de consumo-ocio activo y cultural. ¿Puede nuestra juventud? Otra pregunta sería si quiere, claro.

4. Cambio social y compromiso

La juventud tiene asignada en nuestra sociedad el papel del cambio social. Los jóvenes son transgresores por naturaleza. Las normas y usos habituales de la cultura donde han nacido son para ellos pruebas frente a su afán de cambio y a su necesidad de marcar su propia identidad.

Bien es verdad que este concepto de la juventud como agente de cambio se integra, aunque pueda parecer contradictorio, junto al de reproducción social. La sociedad busca como fin último su propia supervivencia como estructura. Esa supervivencia no es posible sin el relevo generacional. Las nuevas generaciones, los jóvenes tienen que impulsar el cambio de la sociedad, pero también tienen que contribuir a su continuidad. De esta manera, por un lado la sociedad se ha de encargar de socializar y de ubicar en esa estructura a sus futuros integrantes. Por otro lado, la juventud es la encargada de aportar las innovaciones al integrarse en la estructura social.

Por tanto, los jóvenes son protagonistas tanto de la reproducción como de la transformación social. En ese sentido, respondemos a una de las preguntas iniciales, aunque sin resolver el dilema. Los jóvenes son a la vez agentes y producto de la sociedad en la que viven. La juventud tiene la capacidad de condensar los cambios sociales, de catalizar las crisis de cambio latentes. Nuevos lenguajes, nuevas propuestas, respuestas novedosas, pautas culturales diferentes, tienen en la vitalidad juvenil su caldo de cultivo más apropiado. De alguna manera, el futuro se hace presente a través de ellos. Pensamos el futuro a través de los jóvenes. Pero la juventud no es sólo el futuro de las sociedades, sino una parte muy significativa de su presente.

Por tanto, estamos ante una caracterización contradictoria en sí misma. Por un lado, se exige a la juventud que cumpla el papel de innovadora, transgresora. Por otro lado, la innovación no debe cuestionar el sistema total, ha de ser un cambio «incruento». En palabras de Allerbeck y Rosenmayr, citados por (Revilla, 2001), se espera de los jóvenes una conformidad divergente. También es para el mundo adulto una manera de eludir la responsabilidad en la mejora de la sociedad que pasa a recaer exclusivamente sobre la juventud.

Anteriormente, hemos manifestado que el hedonismo también se manifiesta también en la falta de compromiso. Sobre ello quisiera hacer algunas matizaciones. Si bien ha aparecido una desconfianza con respecto a las estructuras institucionales, los jóvenes participan menos que en el pasado en las estructuras tradicionales de la acción política y social (partidos y sindicatos) y su participación en las consultas democráticas es baja por norma general, los jóvenes europeos quieren promover la democracia y, en especial, participar en ella (LBCE, 2001: 5). No obstante se aprecia, al menos en España, un deseo alto (57,2%), aunque no llevado a la práctica (9,3%), de colaborar con una ONG.

Respecto del voluntariado, entendido como espacio para la socialización de los jóvenes, como una forma de participación social, como una experiencia educativa, y como una forma de compromiso, los datos tampoco son mejores. Tan sólo 4,9%



declara ser voluntario, frente a un 58,4% que nunca se ha planteado ser voluntario (Elzo, 2002).

5. Contestación

La contestación como rasgo de la juventud se relaciona con suponerles como agentes de cambio. Los jóvenes son contestatarios. Aunque también tienen los pies en la tierra y son presentistas. No quieren otra revolución que la de todos los días. Esta revolución diaria, este «no» continuo, se basa en una relativa independización axiológica de los adultos y se manifiesta en un sistema propio y alternativo de valores. Sobre todo es un rechazo de los valores adultos o una contestación de muchos valores y normas dominantes. Como ejemplos, ya hemos citado las manifestaciones por la paz y en contra de la guerra de Irak, las oleadas de voluntarios para luchar contra la marea negra del Prestige en Galicia o las protestas por la implantación de la nueva ley de Universidades —LOU (2001)—. Las pintadas en los muros —grafittis— pueden ser también una expresión de contestación, a caballo entre lo reivindicativo y lo artístico como forma de individualización expresiva.

Pero, ¿realmente tienen los jóvenes un sistema de valores diferente al de los adultos? Resulta complicado sostener la existencia de unos valores juveniles totalmente distintos de los de los adultos. Como mucho se podría hablar de un diferente énfasis valorativo, mayor importancia de unos valores y menos de otros. Pongamos algunos ejemplos de actividades normales. ¿Qué música les gusta? Hace muy poco arrasó en los jóvenes Operación Triunfo (2002), o sea, música de «carrozones». ¿Qué hacen el domingo? Salen a comer a restaurantes, que es una costumbre de adultos maduritos. ¿A qué aspiran? A vivir cómodamente de un trabajo cómodo. Claro que el sistema de valores adulto tampoco es como para asumirlo. No es coherente. Y tampoco todo va a ser contestación. ¡También hay que sobrevivir!

Pero no son solamente valores el objeto de la contestación, los jóvenes cuestionan también las instituciones. De este modo, los jóvenes rechazan el mundo en el que viven y muestran una clara voluntad de no caer en una sociedad extraña como la adulta. Los jóvenes manifiestan una importante rebeldía e inconformismo respecto de los adultos. También es una forma de afirmar la propia identidad, aunque sea por la vía de la negación sistemática.

Ahora bien, hay que tener cuidado entre el grado de rebeldía normal y la alienación (situarse fuera) que supone una amenaza para el orden social dominante. La contestación como rasgo parece explicar los acontecimientos de los años sesenta, donde se explicitó el rechazo juvenil del mundo adulto y su apuesta por algo diferente. En ese contexto de crisis social tiene sentido y norte. Incluso sirve para explicar ciertos comportamientos que resultan extraños o sin sentido: el gamberrismo y la violencia en general, el pasotismo, la cultura juvenil, etc. Pero no es un medio siempre justificado por los fines de cambio social. Sin ser llevada a extremismos, la contestación es muestra de buena salud en la juventud.

6. Participación

Según el Eurobarómetro, «Los jóvenes europeos en 2001», se observa un desinterés de los jóvenes europeos por las organizaciones: un joven de cada dos declara no pertenecer a ningún movimiento, con amplias diferencias nacionales (en los Países Bajos casi el 80 % de los jóvenes están organizados, contra el 30 % en Portugal). Entre la juventud organizada (sólo el 50%), el mayor éxito corresponde a los clubes deportivos (14 %), muy por delante de las organizaciones juveniles (3,5 %), los sindicatos y los partidos políticos (2 %).

No obstante, nosotros creemos que la juventud es participativa. Recientemente, con motivo de un proyecto europeo (Interreg III-A) de prevención de drogodependencias, reunidos 30 jóvenes universitarios entre 20 y 25 años, durante un fin de semana entero de formación y convivencia, nos sorprendimos viéndoles participar en diversas actividades organizadas incluso después de la cena. El propio Libro Blanco sobre la Juventud Europea (2001), en sus conclusiones, señala que:

- Los jóvenes tienen voluntad de participar activamente en la sociedad en la que viven. Excluirles supone impedir que la democracia funcione plenamente.
- Los jóvenes desean tener derecho a expresarse sobre todos los aspectos de su vida cotidiana, como la familia, la escuela, el trabajo, las actividades de grupo, el barrio, etc. Al hacerlo, se interesan por temas económicos, sociales y políticos más amplios.
- La participación exige que los jóvenes adquieran unas competencias o consoliden las que tienen. Ello supone un proceso gradual de aprendizaje. La primera etapa, desarrollada generalmente en el propio entorno (escuela, barrio, población o distrito, centro juvenil, asociación, etc.) es de una importancia capital.
- Los jóvenes consideran que los mecanismos de participación existentes son insuficientes. No confían en ciertas formas de democracia representativa. Las opiniones sobre las organizaciones juveniles están divididas. También desean una mayor ayuda pública en favor de las ONG.
- Los jóvenes rechazan las formas de participación puramente simbólicas. Lo esencial es que la información circule y que se debatan las ideas.
- Los jóvenes señalan la instauración de un marco jurídico como una de las condiciones necesarias para el desarrollo de una participación real de la juventud. Se reivindica la educación para la ciudadanía.

Por tanto, los jóvenes están ahí y están deseando participar. De lo que se trata es de articular mecanismos y cauces reales de participación. Lo que no están dispuestos a aceptar es entrar en un juego de simulación donde hagan de comparsas de un sistema que parezca pero que no sea democrático y participativo. ¡Quieren estar. Pero si están... están!

7. Valores

Afirmar que los jóvenes no tienen valores o que tienen un sistema de valores diferente al de los adultos, o simplemente decir que hay crisis de valores, es bastante común en el discurso de los mayores. ¿Qué hay cierto en lo uno y lo otro? Para intentar articular una respuesta, mejor será que empecemos por definir qué son los valores.

En la filosofía y la sociología se entiende por valores las definiciones de lo bueno y de lo malo, de lo aceptable y de lo rechazable, de lo admitido y de lo prohibido, de lo que hay que hacer y de lo que hay que evitar. De esta manera los valores se convierten en criterios de acción social, de carácter emocional, que no se ponen en duda a corto plazo. Esto los diferencia de las normas, también criterios de acción social que son adoptadas, sea por un individuo, sea por la sociedad en su conjunto, criterios que son el resultado de una decisión meramente racional, y que pueden ser puestos en duda, luego modificables, a corto plazo. También es evidente que normalmente hay relación directa entre los valores y las normas. Por ello puede haber valores individuales o sociales compartidos (de grupo). Sin embargo es difícil hablar de valores universales (Elzo, 2002).

¿Son distintos los sistemas de valores de los jóvenes de los de los adultos? Creemos que nuestra sociedad, la de los adultos, es bastante hipócrita. La incoherencia propia



de los seres humanos en sociedad nos lleva a un fenómeno de disociación en dos frentes, a la que no son ajenos los jóvenes (Elzo, 2002):

- Disociación entre los valores socialmente propugnados (derechos humanos, tolerancia, solidaridad...) y los personalmente perseguidos (búsqueda de bienestar, éxito social, seguridad, insolidaridad...).
- Disociación entre los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad etc.) y valores instrumentales (esfuerzo, auto-responsabilidad, compromiso, participación, abnegación, aceptación de límites de comportamiento, trabajo bien hecho, etc.).

No obstante, siguiendo a este mismo autor, se pueden anotar algunos valores definitorios de los jóvenes, que pueden configurar cierto retrato de la juventud:

1. Los jóvenes son «apolíticos». ¿Por qué? Por la incapacidad que ellos perciben del mundo de lo político de resolver el problema que más les importa (el paro y su sensación de exclusión social).

2. Tienen unos «equipamientos materiales y un nivel de bienestar doméstico-social» como generación alguna ha tenido, unas posibilidades de estudio, a bajo costo y con escasa exigencia, inéditos. Lo tienen todo, o al menos, mucho. Pero ¿lo aprecian? ¿sacan provecho de ello?

3. Son «individualistas», teñidos de búsqueda de autonomía e identidad. No obstante, esa individualidad se expresa mediante y necesita del grupo de amigos, su grupo de referencia. Por tanto se debaten entre la afirmación individual y la sumisión al grupo.

4. Son «pluralistas y tolerantes» ante la diversidad. Fruto de ello es el principio de que todo es opinable, de que todo vale. Sobre esta afirmación de Elzo, tengo mis dudas. Demasiadas conductas violentas y xenófobas se hacen patentes en no pocos grupos y tribus urbanas.

5. Son «presentistas». Necesitan vivir el presente a tope, sin diferir el gozo de lo deseado en cada momento. El futuro es hoy, o, como mucho, el fin de semana. El 66% piensa que el futuro es tan incierto que lo mejor es vivir al día (Injuve, 2000). El horizonte es semanal, dividido en tiempo normativo y tiempo festivo. El tiempo de trabajo-estudio es una carga, mientras que el tiempo libre se percibe como ausente de normas. Bueno, a veces el exceso puede convertirse en la norma.

6. Se sienten y se dicen «libres». En cambio, tienen una fuerte dependencia familiar. Vivir arropado en el hogar es cómodo mientras experimentan en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen.

7. No son «religiosos». Es una generación que no ha sido socializada religiosamente. No solamente no saben nada ni de fe ni de cultura religiosa. No obstante parece haber una cierta demanda de espiritualidad, de mística.

8. No son «comprometidos». Mejor dicho, mantienen una implicación distanciada respecto de los problemas. No tienen utopías. Esto me parece especialmente grave. No sueñan con un mundo, viven en su mundo.

9. Son «familiares». Se sienten bien con la familia, que se acepta no sólo como fonda gratuita sino también como espacio de convivencia afectiva buscada. En el futuro también se proyectan en una familia.

10. No tienen «límites». Son personas abiertas a toda suerte de sensaciones y emociones, con aceptación del riesgo como parte del atractivo de ser joven. Los únicos límites son su cuerpo y su libertad. Parques de atracciones o deportes de riesgo son ejemplos de sus intereses.

11. Realizan una clara «supervaloración de la emoción sobre la razón». Me gusta algo (una ropa o un objeto), lo quiero ya. Algo es interesante, lógico o razonable (estudiar, ahorrar, esperar...), no me interesa.

12. Son «proxémicos». Valoran por encima de todo lo próximo, lo cercano, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro, de las grandes cuestiones sociales y políticas. Su mundo es su barrio, su pueblo, sus amigos. Otros pueblos, otros países u otras culturas, no existen. Simplemente no les interesan.

8. Subculturas y «tribus»

Los jóvenes son diferentes. La juventud es un colectivo con sus propias modas, preferencias, atuendos, valores, normas y símbolos. Si en los setenta diferenciábamos sólo entre *mods* y *rockers* (recuerden la película *Tommy*), hoy denominaciones como *pijas*, *canis*, *hippies*, *rockabilis* o *frikis*, asociados a los pantalones «pata de elefante», el móvil como apéndice aurículo-digital, el grupo de colegas como referencia absoluta o la música (*acid*, *tecno*, *break-beat*, *house* o cualquier otra) pueden ser ejemplos de identidad subcultural propios de una época y de un determinado estilo juvenil.

Los jóvenes constituyen microsociedades con grados significativos de autonomía respecto de las instituciones adultas. Tienen sus hábitos, normas y dependencias. A veces, en grupos extremos, incluso jerarquías. Esta subcultura juvenil aparece ante la divergencia en expectativas y valores normativos entre padres e hijos. La familia ya no es el referente, pasando éste a ser ocupado por el grupo de iguales, que tiene una importante función adaptativa, permitiendo a la juventud hacer frente a su situación transitoria. Estos grupos sociales, de gran cohesión a veces, generan una ligazón psíquica entre ellos, fruto del importante tiempo que pasan juntos. También genera un caudal de conocimientos y comportamientos compartidos en el grupo. Recordemos las primeras experiencias sexuales y el conocimiento compartido sobre ellas. ¿Dónde se producen? ¿A quién se pregunta? En este sentido puede hablarse de «estilos juveniles» o «tribus urbanas».

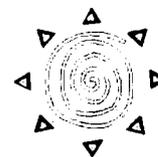
No obstante, parece importante remarcar que algunos de estos estilos juveniles adquieren una notoriedad social muy importante, no especialmente positiva, normalmente por los problemas que acarrearán, debido a sus conductas desordenadas, a veces ligados (alentados, permitidos) a instituciones respetables como clubes deportivos o, incluso, partidos políticos. Pensemos en grupos como los *ultra-sur*, *skin-heads*, *neo-nazis* o *ciber-punkies*, por señalar sólo algunos de ellos.

9. Transición

También se puede definir la juventud como una transición entre niñez y vida adulta. Los jóvenes, en ese sentido, no son ni niños ni adultos. Viven un tiempo de espera en el que progresivamente van adquiriendo las responsabilidades adultas: productiva, conyugal, doméstica y parental. También podría definirse como un proceso de emancipación que concluye en la independencia económica, autoadministración de recursos, autonomía personal y hogar propio.

El elemento más importante para que la transición conduzca a buen puerto es la inserción sociolaboral, la obtención de un trabajo que provea de los recursos necesarios. Respecto de ésta, Galland, citado por Revilla (2001), observa dos modelos bien diferenciados de entrada en la vida adulta: el de la instalación —instantaneidad de los jóvenes de extracción obrera— y el de la postergación de los jóvenes burgueses a la espera de que la formación y el tiempo les proporcionen una posición social acorde a sus expectativas.

En este discurso el estatus juvenil se piensa como incompleto. El punto de mira se encuentra en el estatus adulto. Por tanto no sería un período con fin propio, algo con lo que no estamos de acuerdo del todo. Su carácter transitorio, incluso la progresiva consecución de diversos modos de independencia, tienen un carácter que le es propio y le dan valor sustantivo.



Este retraso del paso a la vida adulta y la consiguiente prolongación de la dependencia familiar se debe fundamentalmente a la prolongación de la formación académica, la situación laboral, marcada por el desempleo juvenil y la temporalidad en el empleo, y la dificultad de acceso a la vivienda. Datos como que el 36% de los jóvenes trabajan, el 33% estudian, un 15% estudian y trabajan, y un 16% ni estudian ni trabajan pueden alumbrar el por qué de esta situación. A ello hay que unir que el trabajo, las más de las veces, es precario, temporal y/o no les permite vivir autónomamente. Por otro lado la formación académica cada vez se alarga más, como consecuencia de la extensión de la educación a grandes capas poblacionales, que genera un exceso de titulados con la consiguiente devaluación de los títulos y la exigencia de más formación (postgrados).

10. Educación

Es frecuente escuchar a los mayores decir que los jóvenes no tienen educación. Lo oigo en la calle, lo oigo a los maestros, colegas míos de profesión docente, y lo siento a veces en el ejercicio académico e, incluso, paternal. No obstante, no siempre tiene esta afirmación el mismo significado.

La educación tiene por objeto y sujeto a los jóvenes en general. De todos es sabido que la función principal de la educación es la integración de las personas en la sociedad, desarrollando sus competencias cognitivas, de destrezas, personales y sociales. Saber, saber hacer, saber ser y saber vivir en sociedad se convierten en los ejes de toda educación, cuyos sujetos genuinos son los jóvenes. Insertados en esos ejes vertebrales, objetivos como la realización personal, la integración social, la ciudadanía activa y la inserción profesional son absolutamente fundamentales en el desarrollo de la juventud.

¿Qué demandan los jóvenes europeos a la educación? El Informe sobre Juventud del 2001 señala las siguientes aspiraciones de la juventud europea para los próximos años:

- a) Garantizar el acceso a la educación de todos los jóvenes, concretado en dos acciones:
 - a) Carácter gratuito de la enseñanza.
 - b) Servicios de orientación y asesoramiento académico y profesional.

Renovación de los métodos de enseñanza y aprendizaje, cifrado en cuatro líneas:

- a) Mayor relación profesor-estudiante.
- b) Participación de los jóvenes en la educación (organización y decisión).
- c) Instituciones educativas más dinámicas y adaptables (a la diversidad y complejidad de las sociedades modernas).
- d) Asegurar el acceso a Internet y a los recursos multimedia de la sociedad de la información y el conocimiento actual.

Promover diferentes tipos de conocimiento y competencias educativas:

- a) Aprendizaje comunicativo de lenguas extranjeras.
- b) Dominio e integración de las tecnologías de la información y la comunicación.
- c) Educación sobre temas de salud como garantía de vida.
- d) Conciencia y conocimiento de la naturaleza multicultural de nuestras sociedades.

Reconocimiento de las cualificaciones y competencias:

- a) Homologación y equivalencia europeas de estudios, títulos y experiencias profesionales.
 - b) Movilidad para la formación académica y posterior inserción laboral.
- Complementariedad del aprendizaje formal y no formal

- a) Necesidad de una educación y una formación a lo largo de toda la vida y en todos los campos (en ese sentido, el aprendizaje no formal se considera el más positivo, eficaz y atractivo).

No nos deja de parecer éste un discurso bastante gratuito sobre la educación. La reciente Ley Orgánica de Calidad de la Educación (2002) o la menos reciente Ley de Ordenación Universitaria (2001) no parecen ser ejemplos de apuesta política por una educación liberadora e integradora. Ello no es más que el reflejo de los valores de nuestra cultura en la norma. La educación no interesa. Ciudadanos con mentes bien amuebladas no interesan. En el paraíso de la sociedad del bienestar (también de la información, aunque información-pensamiento único), la falacia de la libertad adormece la capacidad crítica, generando nuevas formas de estructuración social. Los poderosos siguen oprimiendo a los sumisos, y la educación, ya sea bajo la forma institucional (la escuela, el instituto o la universidad), ya sea bajo la forma de la comunicación (prensa, TV, publicidad, Internet) continúa haciendo de gran escultor social de la permanencia. Tampoco interesa a muchos padres, enfrascados en la vorágine homicida del trabajo en horarios poco dados a la educación familiar.

11. Empleo y autonomía económica

No nos cabe duda de que el trabajo es un elemento clave para que los jóvenes puedan encontrar su lugar en la sociedad, lograr independencia económica y realizar sus aspiraciones personales. El empleo es una condición previa para la integración social. La mejor manera de integrarse en la sociedad es encontrar un trabajo. Tener un puesto de trabajo significa ser considerado un adulto.

¿Cuál es la postura de los jóvenes ante el empleo? Los jóvenes están deseando trabajar, pero cada vez es más difícil encontrar un buen empleo. Veámos algunos datos comparativos. Mientras que la tasa general de desempleo en Europa (2000) es de un 8,4%, en los jóvenes se duplica, alcanzando un 16,1%. Como puede interpretarse fácilmente, el paro afecta mucho más a los jóvenes en Europa. Pero si observamos datos españoles, podemos llegar a conclusiones similares. Con unas tasas generales de desempleo para España (Dic-03) del 9,04% y para Andalucía (Dic-03) del 11,5%, en ésta última, de ese porcentaje de desempleados el 46% son menores de 30 años. De nuevo el paro se ceba en los más jóvenes.

¿Qué demandas hacen los jóvenes europeos respecto del empleo? Según el LBJE (2001), las políticas de empleo en relación a la juventud deberían:

- a) Favorecer la movilidad social, una condición necesaria para la formación formal y el empleo.
- b) Extender el espíritu empresarial entre los jóvenes en la vida cotidiana
- c) Mejorar la información, la educación y la formación, para subsanar la falta de información sobre el mercado de trabajo. La educación formal en exclusiva no prepara para el mercado de trabajo.
- d) Desarrollar una protección social específica (legislación social) que evite riesgo de empleo juvenil precario y no protegido

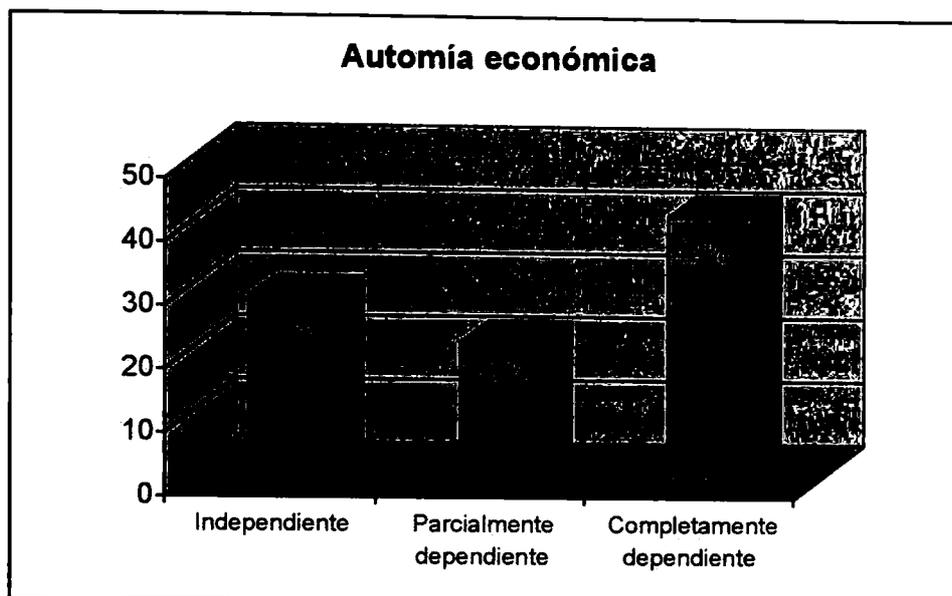
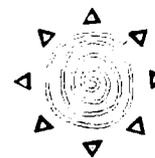


Gráfico 1: Autonomía económica de los jóvenes (INJUVE (2000)).

¿Genera este empleo autonomía económica? Lógicamente, con los datos expuestos en el gráfico, en absoluto. Tan sólo un 29% de jóvenes pueden pagar todos sus gastos. El resto son: parcialmente dependientes, porque sólo disponen de ingresos que les permiten pagar una parte de sus gastos (22%); o completamente dependientes, porque solos administran los gastos de bolsillo, (42%).

12. Subordinación/emancipación

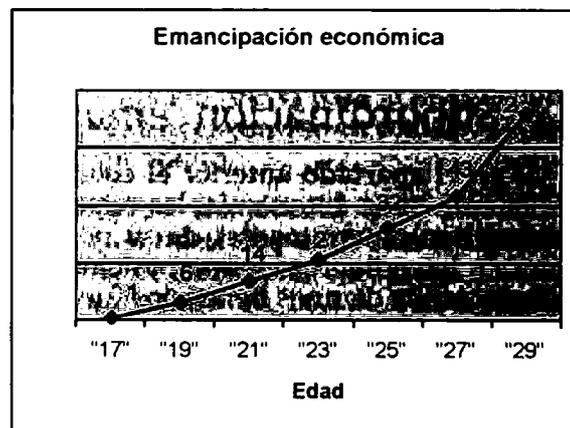
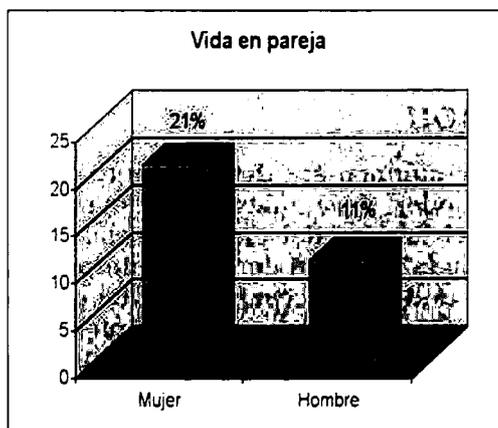
Si en el apartado anterior el componente económico era determinante como exponente de la autonomía, las relaciones de poder, desiguales, entre jóvenes y adultos son determinantes de su posición en el tablero del ajedrez social. Esto coloca a los primeros en una posición subordinada respecto de los segundos con la expectativa de unos beneficios futuros. Se trata de la discriminación del grupo dominante adulto para proteger sus privilegios frente a las nuevas generaciones, convirtiéndose de esta manera el constructo juventud en un instrumento de dominación. También explica el estereotipo negativo de los adultos sobre los jóvenes y viceversa.

No obstante, es necesario observar diferencias entre la situación de unos y otros jóvenes frente a la reproducción social y a su toma del poder. Por un lado, las relaciones con los progenitores pueden acentuar o minimizar en lo posible la subordinación filial. No es lo mismo criarse en el seno de una familia dialogante que en una familia rígida y en la que las normas se imponen por la voluntad de los adultos sin muchas explicaciones ni contemplaciones. Tampoco resulta semejante un entorno laboral de trabajo en equipo, con relaciones de igualdad aunque existan funciones de coordinación, que un ambiente fuertemente jerarquizado, donde incluso las iniciativas novedosas de los jóvenes son apropiadas por los jefes y el diálogo sincero se ejerce bajo la espada de Damocles del despido fulminante. Por otro lado, resulta difícil tratar conjuntamente la marginalidad de los jóvenes de clase baja y la subordinación hartamente beneficiosa de los jóvenes de clase alta respecto de sus padres, con todas las posibles situaciones intermedias que puedan imaginarse.

También hay que discutir la disolución de las relaciones de poder entre padres e hijos y el discurso de la permisividad. Es difícil cuestionar la evolución que han sufrido las relaciones paterno-filiales en muy poco tiempo. Es común el comentario

de padres diciendo que no pueden con sus hijos. Incluso, en extremo, ya hemos asistido en los medios de comunicación a la noticia de padres que han denunciado a sus hijos por maltrato. No obstante no parece adecuado afirmar la desaparición total de la subordinación filial. Las relaciones de los hijos con los padres son de dependencia, de subordinación, tanto económica como afectiva pasando por las más materiales de casa y alimentación. Bien es verdad que la juventud es un camino continuo desde la subordinación a la emancipación, verdadero fin de la familia. Nada más satisfactorio para unos padres bien avenidos con sus hijos que la emancipación de éstos. Es una señal de éxito en la educación familiar.

¿En qué modelo de familia viven nuestros jóvenes? Acudiendo a los datos del estudio de Injuve (2000), el modelo tradicional de familia en la que concurren padre, madre y hermanos sólo existe en el 45% de los hogares de las personas jóvenes. Familias donde falta la figura paterna, materna o ambas alcanzan el 16% (a consecuencia de divorcios o fallecimientos). Un 8% son huérfanos/a/s de padre y/o madre. Un 7% son hijos de padres separados. Finalmente, disminuye también el número de hogares donde se comparte la vida con otros/as hermanos/as hasta 52%. Respecto de la permanencia en el hogar, se afirma también en este estudio que las dificultades en la emancipación se corresponden con un progresivo retraso de la edad en la que se sale del hogar paterno-materno, para constituir una nueva familia. Sigue prolongándose la edad en la que se deja de vivir con la familia de origen. Actualmente, una de cada dos personas de entre 26 y 29 años vive con su familia de origen. El ritmo de emancipación económica de los jóvenes es muy lento y tardío, tal como puede comprobarse en el gráfico adjunto. También disminuye la población joven que vive con su pareja (un 3% entre 1988 y 2000), alcanzando valores medios del 16%, pero con desigual distribución entre hombres y mujeres. Las mujeres doblan en proporción a los hombres en cuanto a convivir en pareja.



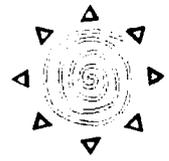
Gráficos 2 y 3: Vida en Pareja y Emancipación Económica de los jóvenes (INJUVE (2000)).

¿Qué conclusiones podemos entresacar de estos datos? ¿Por qué no se van de casa de los padres? ¿No quieren ser independientes económicamente los jóvenes?

¿Prefieren vivir en casa de sus padres a convivir en pareja? ¿No tienen pareja? Básicamente podríamos definir a los jóvenes como subordinados a la familia.

13. Identidad

En ese contexto de subordinación al que hacemos referencia en el punto anterior, ¿qué es lo que especifica al joven? En este momento vital está en juego la adquisición de una identidad frente al peligro de quedar inmerso en una difusión identitaria. La persona ha de integrar su pasado infantil y sus expectativas futuras



como persona adulta. La juventud vive un período de moratoria psicosocial, de libre experimentación de rol personal, hasta que encuentre su propio lugar en la sociedad.

¿La necesidad de encontrar una identidad propia conllevaría caracterizar la juventud como un momento en el que se carece de identidad? Evidentemente, no. En todo caso podríamos hablar de conflicto de identidad, más o menos acusado según las personas y según su contexto y desarrollo. Pero acaso los adultos no tienen conflictos de identidad. ¿El principal problema de la juventud actual es la identidad? ¿Lo perciben así los jóvenes? Quizá tampoco, o al menos, no todos de la misma manera. Es evidente que épocas de cambios desencadenan episodios de crisis personales, pero tampoco son ajenos a los adultos. Una separación matrimonial o la pérdida del trabajo pueden inducir crisis en individuos adultos más graves que las que sufren habitualmente los jóvenes, además con menos perspectivas de futuro, que siempre estará en el horizonte del joven.

También se habla de una identidad precaria, con riesgo de fundamentalismo y dispersión como opciones. Opiniones radicales y posturas vitales más o menos extremas también son propias de la juventud. Estas afirmaciones sirven para explicar diversos fenómenos juveniles, especialmente la adscripción a subculturas o estilos. Se trata de estar ojo avizor y que las experiencias no contaminen la capacidad crítica del joven. Ahí la educación, tanto familiar como académica, deberían jugar un importante papel preventivo desarrollando más la divergencia y la individualidad. Tal como afirma el metafísico Gabilondo (El País Semanal, 15-02-2004), «hemos de construir seres diferentes, personas que tengan un discurso singular propio...esta legítima rareza será una fuente de libertad y de fecundidad social».

No cabe duda de que entre la niñez y la etapa adulta la persona experimenta un gran cambio en su identidad. Pero este discurso tiende a enfatizar la crisis de la identidad juvenil y sobrevalorar la estabilidad y la falta de confusión entre los adultos. Algo de lo que tampoco estamos muy seguros, tal como ya hemos señalado. Su nueva identidad, la identidad de joven no tiene por qué ser negativa. La música, la imagen y las actitudes sociopolíticas pueden ser elementos definitorios de la misma. También irá tomando decisiones, más o menos conscientemente, que tendrán repercusión importante para su instalación en el mundo adulto: sobre su formación, su inserción laboral, su futura vida doméstica independiente (familiar o no), etc. Con ello, el joven dejará de serlo paulatinamente. La persona acabará ocupando una posición social y una identidad diferente, diferente en muchos aspectos a lo que fue su identidad de joven, pero en otros con similitudes. No obstante, la identidad personal seguirá sufriendo modificaciones y reelaboraciones a lo largo de la vida adulta. No pensemos que sólo en la etapa de juventud se sufren cambios. Los cambios nos acompañarán siempre, afortunadamente.

¿Y cuál es la posición de la mujer en esta búsqueda de identidad? El acceso al estudio y al trabajo han propiciado un cambio radical de nuestras sociedades en el último cuarto de siglo pasado. Hoy más que nunca las jóvenes desean trabajar fuera de casa (81%). Independencia y realización profesional y personal son apuestas de garantía en la identidad de las mujeres. No obstante el fantasma de la discriminación sigue apareciendo en los contextos de nuestras jóvenes. Una de cada tres mujeres se ha sentido discriminada (36%) alguna vez. ¿Dónde? En casa (20%), en el trabajo (15%), en los estudios (10%) y en la pareja (7%). Finalmente, tan sólo un 10% de mujeres jóvenes contemplan las tareas del hogar y el cuidado de los hijos como su futura dedicación (Injuve, 2000).

14. Botellón

El sábado, botellón. No hay fiesta juvenil en la que no se haga un botellón. Por tanto, si no una característica, sí al menos es un fenómeno común a nuestra juventud. El sábado, o el jueves, como ocurre con los universitarios, resultado de

no tener clases los viernes, aprovechar para salir en la ciudad antes de irse de fin de semana a sus lugares de origen o, simplemente, para alargar el fin de semana. La división, ya marcada, entre tiempo normativo y tiempo relajado tiene en el botellón el catalizador perfecto de la actividad más deseada por los jóvenes para su tiempo de ocio: estar con los amigos y colegas. Alcohol, noche y muchas horas por delante son los ingredientes mágicos de la receta de las relaciones juveniles. Pero, no nos engañemos, ¿sólo de los jóvenes? El 73,5% de los jóvenes andaluces afirma haber consumido alcohol en los últimos seis meses. ¿Es, por tanto, una característica definitoria de la juventud?

Siguiendo el análisis de Elzo (2002), nos preguntaremos en primer lugar cómo consumen los jóvenes. Se trata básicamente de un consumo compulsivo. Hay una acotación de ese consumo muy estrecha desde los puntos de vista social, temporal, horaria y espacial. Los jóvenes consumen en grupo; compran el botellón (lotes diversos formados por vasos, hielo, bebida alcohólica y bebidas refrescantes) como producto completo destinado a 4-6 personas (acotación social). A su vez los diversos grupos de jóvenes buscan la cercanía de otros grupos de jóvenes, aunque no se conozcan o no establezcan relaciones de comunicación intergrupos. El consumo de alcohol está limitado, generalmente, a los viernes y, sobre todo, sábados; en la ciudad, también, jueves, tal como hemos señalado (acotación temporal). Se bebe compulsivamente en una estrecha franja horaria, especialmente, al menos en el contexto más cercano a mí, de 1,00 a 3,00 horas A.M. (acotación horaria). Por tanto, se consume una ingente cantidad de alcohol en muy poco tiempo. Hay que «prepararse o colocarse» para pasar el resto de la noche a gusto. Los jóvenes consumen en lugares concretos o zonas de botellón (una plaza, un aparcamiento, una calle...) y/o en los «locales» del grupo, normalmente lonjas y garajes privados (acotación espacial).

La segunda pregunta a formularnos es por qué consumen los jóvenes. Según Elzo (2002), pretender explicar un fenómeno tan arraigado, persistente y bien delimitado no es fácil. No valen simplificaciones ni explicaciones monocausales del tipo de: «es que los jóvenes no tienen valores», «los jóvenes están agobiados por el *stress* de los estudios y necesitan desfogarse los fines de semana», «los jóvenes quieren estar juntos y solos sin el control de los mayores». Una aproximación a las razones verdaderas podemos encontrarla en los propios jóvenes, a través de los resultados de encuestas. Los jóvenes españoles consumen alcohol porque les gusta el sabor (73,0%) y por diversión y placer (58,5%) (Observatorio Español sobre Drogas, 2000). En cambio, las razones de los jóvenes andaluces para consumir alcohol no son exactamente coincidentes, aunque la razón principal es para experimentar placer y animarme (41,6%). Le siguen razones como «pasar el rato» (29,9%), «porque es una costumbre social» (22,8%) o «por curiosidad y deseos de sentir nuevas sensaciones» (19,1%) (*Jóvenes andaluces ante las drogas*, Junta de Andalucía, 2002).

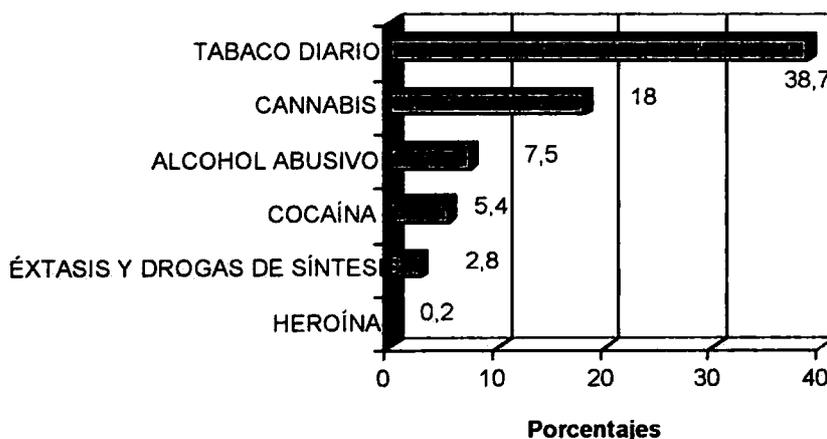
El alcohol forma parte de su vida, y de la de sus padres y de la sociedad en la que vive, y es considerado indispensable en toda fiesta. Hay una rutinización y ritualización del beber adolescente y joven. Es una rutina que el joven acepta como banal, como evidente, como normal. Se hace lo que se hace porque se hace así entre los suyos. «...si tu no bebes y ellos beben, ellos van a estar aquí de otro rollo, y tu vas a estar allí diciendo «bueno vale» y quieras o no eso te obliga a beber». Se bebe, en no pocos casos, incluso aunque no apetezca beber. Se trata de no ser o parecer raro, para no quedar descolgado de la «marcha» del grupo.

Si las anteriores eran razones de los propios jóvenes, una interpretación más sociológica nos lleva a razones diferentes y complementarias de las anteriores. La separación del tiempo normativo y de libertad induce a comportamientos que primen la singularidad de éste último. Incluso los propios jóvenes en ese tiempo adoptan roles no habituales en el tiempo normativo. Mis propias hijas refieren saludos, cordialidades y comportamientos comunicativos de otros jóvenes no corrientes en otros momentos y contextos de la semana. La propagación de determinados modelos juveniles por parte de la prensa (revistas, TV, música) en los que la asociación jóvenes+fiesta+alcohol+...es dominante. No obstante habría que preguntarse si la



fórmula no es también aplicable al modelo de fiesta adulta. ¿Alguien conoce alguna fiesta o celebración adulta en la que no haya alcohol? A ello también contribuye la desnaturalización de la familia. Siguiendo la moda de los productos «light», podemos decir de alguna manera que muchas de nuestras familias han abdicado de su función educadora, sirviendo sólo de referencia espacial (lugar de paso) de nuestros jóvenes. Coexistencia pacífica frente a convivencia participativa, inhibición frente a implicación, relajación frente a autoridad, o simplemente incapacidad de abordar el conflicto son descriptores de familias también «light», desbordadas e invisibles, que pueden también estar en la base de comportamientos de consumo abusivo de alcohol. Finalmente, señala Elzo (2002), la exclusión social (imposibilidad de acceder a vehículos, trabajo o vivienda) también puede actuar de detonante de un consumo como superación de ese tiempo incierto y no realmente propio que es la juventud.

Gráfico 4: Drogas y jóvenes andaluces de 14 a 29 años (2002)
(Consumo en los últimos seis meses)
Junta de Andalucía, 2002



Pero en el botellón no sólo se consume alcohol. Ello nos lleva a la reflexión sobre otros consumos, asociados o no al botellón. El tabaco es la droga más consumida por los jóvenes andaluces en su vida diaria (38,7%), aduciendo como motivación «pasar el rato» (40,3%). Le sigue el «cannabis», normalmente en forma de «porros», sobre todo en jóvenes estudiantes y no siempre con conciencia de su daño (18%), la cocaína (5,4%) el éxtasis y las drogas de síntesis (2,8%) y la heroína (0,2%). La razón principal aducida para el consumo de drogas es la «curiosidad y deseo de sentir sensaciones nuevas» (49,8%), y tal como hemos venido señalando respecto del botellón, su consumo es social, con el grupo de amigos, en porcentajes ascendentes para tabaco (69,2%), alcohol (88,6%) y otras drogas (91,4%).

Datos similares podemos obtener a nivel nacional. La tabla siguiente muestra los consumos habituales de drogas entre los estudiantes de 14 a 18 años (porcentajes) (Encuesta sobre Drogas a Población Escolar 2002. Observatorio Español sobre Drogas).

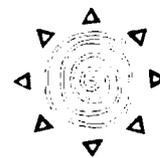
Sustancias	Últimos 30 días
Alcohol	55,1 %
Tabaco	28,8 %
Cánnabis	22 %
Tranquilizantes	2,4 %
Cocaína	3,1 %
Speed/Anfetaminas	1,9 %
Éxtasis	1,7 %
Alucinógenos	1,3 %
Sustancias volátiles	1,1 %

Como conclusión podemos afirmar que consumir sin control, sin límite, hasta que el cuerpo aguante, equivale a dejar la iniciativa al producto, equivale a perder libertad, a ser esclavo del producto, del alcohol, del tabaco, del «porro» o de lo que sea.

15. Diversidad

Aunque hasta ahora hemos intentado una descripción social de la juventud, no hay dos jóvenes iguales. La juventud no es una categoría homogénea. La juventud tiene su rasgo fundamental en la pluralidad e incluso la contradicción entre los mundos juveniles, la diversidad de estilos y desigualdad económica. La juventud es heterogénea desde diversos puntos de vista, entre los que apuntaremos algunos. La clase o contexto social, el tipo de familia, el nivel económico, las metas personales, los valores, las capacidades e intereses, las trayectorias de integración en la vida adulta, los estilos juveniles, el consumo diferencial, las actividades que se prefieren, y no sé cuántas cosas más hacen diferente a cada joven como ser humano y como persona.

A pesar de ello, se pueden realizar afirmaciones genéricas aplicables a toda la juventud. Ése ha sido nuestro intento y el de nuestras fuentes. Sin embargo, este discurso llevado a un extremo pone en entredicho la totalidad de las afirmaciones realizadas hasta el momento. Gran cantidad de las aseveraciones que se han formulado no tienen en cuenta esta diversidad. Como máximo serían aplicables a una supuesta mayoría de jóvenes, con lo que su utilidad se vería reducida. Algunas de las afirmaciones sólo serían aplicables a la juventud burguesa, de clase media, especialmente si es estudiante. Pero hay otros jóvenes, en otros contextos y otras condiciones socioeconómicas, en barriadas anodinas del extrarradio de nuestras ciudades, en pequeños pueblos casi sin futuro, o simplemente en familias con no demasiada suerte. No obstante, muchas de estas categorizaciones seguirían siendo válidas desde la abstracción del retrato, que siempre será una imagen fugaz. Más o menos acertada, pero siempre una simplificación de la realidad. Finalmente, ¡Cuidado con las afirmaciones categóricas y las generalizaciones! ¡Ojo con el pensamiento único! ¡Seguro que existen otras descripciones!



Referencias

- CES (CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL) (2002): *Estudio sobre la emancipación de los jóvenes y la situación de la vivienda en España*. Informe.
- CONSEJERÍA DE ASUNTOS SOCIALES (2003): *Los jóvenes andaluces ante las drogas y las adicciones*. Junta de Andalucía. Sevilla. http://www.juntadeandalucia.es/asuntossociales/UpLoad/Publicaciones/691_inicio.pdf
- CORREA, R.I. (1994): *La imagen que se esconde*. Huelva, Junta de Andalucía-Consejería de Educación y Asociación de Industrias Químicas y Básicas.
- CORREA, R.I., GUZMÁN, M.D. y AGUADED, J.I. (2000): *La mujer invisible*. Huelva, Comunicar Ediciones.
- ELZO, J. (2002): «¿Cómo y por qué consumen los jóvenes? ». En Congreso sobre Jóvenes, Noche y Alcohol. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Madrid. <http://www.mir.es/pnd/prevenci/pdf/javierelzo.doc>
- ELZO, J. (2002): «Los jóvenes de hoy: entre la tolerancia y la solidaridad». En Foro Internacional "Jóvenes en Marcha". Fundación Entreculturas-Fe y Alegría y Fundación Santa María. Universidad de Comillas, Madrid. <http://www.educared.net/docs/educacionenvalores/entreculturas/Los%20jovenes%20de%20hoy%20-%20Entre%20la%20tolerancia%20y%20la%20solidaridad.doc>
- INJUVE (2000): *Juventud Española, 2000. Estudio cuatrienal de la juventud española*. <http://www.ugt.es/informes/injuve.pdf>
- LBCE (2001): Libro Blanco de la Comisión Europea - Un nuevo impulso para la juventud europea. http://europa.eu.int/eur-lex/es/com/wpr/2001/com2001_0681es01.pdf
- MARTÍNEZ CASINELLO, R. (2000): La cultura del ocio como factor de cambio intergeneracional. <http://www.ocio.deusto.es/formacion/ocio21/doc/P06143.doc>
- REVILLA, J.C. (2001): «La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular». En Papers, 63-64, 103-122. <http://www.bib.uab.es/pub/papers/02102862n63-64p103.pdf>
- VERDÚ, E. (2001): *Adultescentes*. Temas de Hoy, Madrid.

Ángel Boza Carreño
es profesor del Departamento de Educación de la Universidad de Huelva.
Correo electrónico: aboza@uhu.es